

nocida que, por cierto, era bella, de pasar la noche juntos y de dormir casi a la vera de ella, le parecía una anomalía mundana muy regocijante. Así es que estaba dispuesto a no perder el tiempo en lecturas, meditaciones o miradas a hurtadillas.

Adelantó un asiento. La inglesa, seguramente, adivinaría que su compañero de viaje iba a dirigirle la palabra. Y no se inmutó. Pero tampoco dió facilidades. Por lo tanto, a Raúl tocaba todo el esfuerzo para entrar en relaciones. No le parecía arduo. Así es que con un tono infinitamente respetuoso, dijo:

—Aunque mi actitud pueda parecer incorrecta, me atrevo a pedirle permiso para advertirle algo que para usted puede tener importancia. ¿Puedo decirle dos palabras?

La inglesa escogió un bombón y, sin volver la cabeza, respondió brevemente:

—Tratándose de dos palabras, sí.

—Señora...

Ella rectificó:

—Señorita...

—¡Ah! Señorita... Sé por casualidad que a usted la ha seguido, durante todo el día y de una manera equívoca, un caballero que se ocupa de usted y...

La inglesa interrumpió a Raúl:

—La actitud de usted es, en efecto, de una incorrección que me asombra en un francés. La misión de usted no es vigilar a las personas que me sigan.

—Es que ésa me ha parecido sospechosa...

—Pues ésa, a la que conozco, que se hizo presentar a mí el año pasado y que se llama el señor Marescal, tiene, al menos, la delica-

deza de seguirme de lejos y de no invadir mi departamento.

Raúl, herido en lo vivo, se inclinó, diciendo:

—El golpe, señorita, ha sido directo. No me queda otro remedio que callar.

—No le queda, en efecto, otro remedio que callar, hasta la próxima estación, en la cual le aconsejo que se apee.

—Lo siento mucho, pero mis asuntos me llevan a Montecarlo.

—Le llevan desde que sabe que yo voy.

—¡No!—repuso Raúl con firmeza—. Me llevan desde que la vi en una pastelería del boulevard Haussmann.

La réplica fué inmediata.

—Inexacto, caballero—dijo la inglesa—. Su admiración por una joven de magníficos ojos verdes le hubiera llevado en pos de ella de haberla podido alcanzar luego del escándalo que se produjo. Al no poderlo, ha seguido mis huellas, primero hasta el hotel Concordia, como la persona cuyas evoluciones me ha delatado usted, y luego hasta la fonda de la estación.

A Raúl todo aquello le divertía la mar.

—Me envanece, señorita, que no haya pasado desapercibido para usted ningún hecho, ningún gesto mío.

—Nada se me escapa, caballero.

—Ya lo veo; ya. Sólo le falta saber cómo me llamo.

—Raúl de Limézy, explorador, recientemente llegado del Tibet y del Asia Central.

Raúl no disimuló su asombro.

— ¡Tanto honor!... No sé si atreverme a preguntarle de qué medios se ha valido...

— ¡Oh!... Cuando una dama ve que un caballero se precipita en su departamento a última hora y sin equipaje, tiene el deber de observar. Y usted ha cortado varias páginas de un folleto con una tarjeta suya. Yo he leído esa tarjeta. Además, he recordado una interviú reciente en que Raúl de Limézy contaba su última expedición. Es muy sencillo.

— Muy sencillo. Pero hay que tener buena vista.

— La mía es excelente.

— Sin embargo, usted no la ha separado de la caja de bombones. Ya lleva dieciocho...

— Es que no necesito mirar para ver, ni reflexionar para adivinar.

— ¿Para adivinar qué?

— Para adivinar que su nombre verdadero no es Raúl de Limézy.

— ¡No faltaba más!...

— Pues no falta. Las iniciales que usted lleva dentro del sombrero son una H y una V... ¡Y no creo que usted lleve el sombrero de un amigo!...

Raúl empezaba a impacientarse. No le gustaba que, en un duelo sostenido por él, fuera constantemente la ventaja del adversario.

— Y, según usted, ¿qué significan esa H y esa V?

La inglesa, aplastando el décimonono bombón y en el mismo tono negligente, contestó:

— Esas iniciales, caballero, es muy raro verlas juntas. Cuando por casualidad las veo así, mi espíritu siempre las relaciona con las

iniciales de un nombre en que me fijé cierta vez.

— ¿Puedo preguntarle cuál es?

— No le serviría para nada. Es un nombre desconocido para usted.

— De todos modos...

— Horacio Velmont.

— ¿Y quién es Horacio Velmont?

— Horacio Velmont es uno de los numerosos seudónimos con que se oculta...

— ¿Quién?...

— Arsenio Lupin.

Raúl se echó a reír.

— Entonces, ¿seré yo Arsenio Lupin?

Ella protestó:

— ¿Quién ha dicho eso? Yo me he limitado a comunicarle el recuerdo que, tontamente, pero en seguida, evocan en mí las iniciales de su sombrero. Y añadido para mí, también tontamente, que su bello nombre de Raúl de Limézy se parece mucho al de Raúl d'Oudrésy que asimismo lleva Arsenio Lupin.

— ¡Buenas son las contestaciones, señorita! Pero, créame: si yo fuera Arsenio Lupin, no haría el papelito, bastante ridículo, que estoy haciendo ante usted. ¡Con qué facilidad le toma usted el pelo al inocente Limézy!

La inglesa le alargó la caja.

— Coja un bombón, caballero, para consolarse de su derrota, y déjeme dormir.

— Pero nuestra conversación—imploró él—no quedará ahí, ¿eh?

— No—dijo ella—. Si el inocente Limézy no me interesa, me intrigan, en cambio, las personas que llevan un nombre que no es el propio. ¿Qué razones tienen para ello? ¿Por

qué se disfrazan? Curiosidad un poco perversa...

—Pero que puede permitirse una Bakefield —repuso Raúl bruscamente.

Y añadió:

—Como usted ve, señorita, yo también conozco su nombre.

—Y el empleado de Cook—insinuó ella, sonriendo.

—¡Nada, nada! ¡Estoy vencido! —dijo Raúl—. Pero me desquitaré en la primera ocasión que se presente.

—La ocasión—concluyó la inglesa—no es para el que la busca.

Por primera vez le dirigió francamente y de lleno la hermosa mirada de sus ojos azules. Raúl, estremecido, murmuró:

—Tan guapa como misteriosa...

—Nada de misteriosa—dijo ella—. Me llamo Constanza Bakefield. Voy a reunirme en Montecarlo con mi padre, lord Bakefield, que me espera para que juguemos al golf. Además de jugar al golf, de que soy apasionada, como de todos los ejercicios, escribo en los periódicos para ganarme la vida y conservar mi independencia. Mi profesión de «reportera» me permite asimismo tener informes de primera mano sobre todos los personajes célebres, hombres de Estado, generales, jefes y caballeros de industria, grandes artistas e ilustres estafadores. Buenas noches, señor mío.

Mientras tanto reunía sobre su rostro las puntas del chal, hundía su rubia cabeza en el hueco de una almohada, se echaba un abrigo sobre los hombros y alargaba las piernas sobre el asiento.

Raúl, que se había estremecido al oír la palabra estafador, pronunció aún varias frases que no dieron resultado: machacaba en hierro frío. Lo mejor, pues, era callar y esperar el desquite.

Quedó silencioso en su asiento, desconcertado por la aventura, aunque encantado y lleno de esperanza en el fondo. ¡Qué criatura tan deliciosa, por original y hechicera, por enigmática y franca! ¡Y qué agudeza en la observación! ¡Qué lúcidamente le había sabido ver! ¡Cómo había aprovechado las leves imprudencias que el desprecio del peligro le hacía cometer a veces! ¿Ejemplo? Las iniciales...

Cogiendo el sombrero arrancó el forro de seda, que arrojó por una ventana del pasillo. Luego volvió a su asiento de en medio del departamento, se hundió entre sus dos almohadas y se puso a soñar negligentemente.

La vida la parecía encantadora. La cartera estaba repleta de billetes de banco fácilmente ganados. En su ingenioso cerebro fermentaban veinte proyectos de ejecución segura y de fructuosa ganancia. Y al amanecer tendría frente a sí el espectáculo apasionante y turbador de una mujer bonita que se despierta.

Pensaba en ello con delectación. En su adormecimiento, veía sus bellos ojos azules, color de cielo. Por cierto que—¡cosa extraña!—se teñían poco a poco de matices imprevisos hasta ponerse verdes, color de las olas. Ya no sabía si eran los de la inglesa o los de la parisiense los que le miraban en aquella inconcreta semioscuridad. Sí; la joven parisiense le sonreía con gentileza. Finalmente,

era ella la que dormía frente a él. Y él, con la sonrisa en los labios, con la conciencia tranquila, se durmió igualmente.

Los sueños de un hombre cuya conciencia está tranquila y que guarda afectuosas relaciones con su estómago, son siempre de una placidez no alterada ni por el trayecto del ferrocarril. Raúl flotaba dichosamente por vagos paisajes en que brillaban ojos azules y ojos verdes. Y el viaje era tan agradable que Raúl no había tomado la precaución de colocar fuera de él, a manera de vigilante, una parte de su espíritu.

Hizo mal. En el ferrocarril hay que desconfiar siempre, sobre todo si hay poca gente. Así es que ni oyó cómo se abría la puerta de la pasarela de fuelle que comunicaba con el vagón anterior (número 4), ni cómo se acercaban con silenciosos pasos tres individuos enmascarados y vestidos con largas blusas grises, los cuales se detuvieron frente a su departamento.

Otra falta: no había velado la bombilla luminosa. De haberlo hecho, con la cortinilla que para ello había, aquellos sujetos se hubieran visto obligados a encender luz para realizar sus funestos propósitos, con lo cual Raúl se hubiera despertado con sobresalto.

El caso, en fin de cuentas, es que no oyó ni vió nada. Uno de los hombres quedó, como un centinela, empuñando el revólver, en el pasillo. Los otros dos se comunicaron por señas la distribución de la tarea y sacaron de los bolsillos sendas porras quebrantacabezas. Uno de ellos golpearía al primer viajero; el otro, al que dormía cubierto.

La orden de ataque se dió en voz baja. Sin embargo, Raúl notó el murmullo, se despertó e, instantáneamente, alargó las piernas y los brazos. ¡Inútil! La porra, cayendo sobre su frente, le derribó. No pudo más que notar que le agarraban de la garganta y que una sombra, luego de pasar ante él, se abalanzaba sobre miss Bakefield.

¿Después? La noche, las espesas tinieblas; perdía el dominio de sí mismo como un naufrago que se ahoga; no recibió más que esas impresiones incoherentes y penosas que remontan más tarde a la superficie de la conciencia y con las cuales es reconstituído el conjunto de la realidad. Le ataron, le amordazaron enérgicamente y le envolvieron la cabeza con una tela rugosa. Quitáronle sus billetes de banco.

— ¡Buen negocio! — musitó una voz—. Pero esto es para hacer boca. ¿Has atado al otro?

— La porra le habrá aturdido.

Es de suponer que el golpe no había aturdido «al otro» suficientemente, ya que «el otro» no gustaba de ataduras, porque hubo juramentos, ruido de caídas, una batalla enconada que conmovía todo el banco... y, luego, gritos, gritos femeninos...

— ¡Cristo! ¡Una mujer! — repuso sordamente una de las voces—. Araña... Muerde... ¿La conoces?...

— ¿Yo?... Si acaso, tú...

— ¡Bueno! Lo primero es hacer que calle.

Tales medios empleó que la mujer, en efecto, fué callando poco a poco. Los gritos se atenuaron, se convirtieron en sollozos. A pesar de todo, luchaba. Y ello pasaba junto a

Limézy, que notaba, como en una pesadilla, todos los esfuerzos del ataque y de la resistencia.

Pero de pronto acabó todo. Una tercera voz que venía del pasillo y era, seguramente, la del vigilante, ordenó con tono apagado:

—¡Basta!... ¡Dejadla!... No la habréis matado, ¿eh?

—No sé: lo temo... De todas maneras podríamos registrarla...

—¡Basta! ¡Y a callar! Me...

Y lanzó una frase bastante gruesa.

Salieron los dos agresores. Hubo disputas en el pasillo. Y Raúl, que empezaba a reanimarse y a moverse, sorprendió estas palabras: «Sí... Más lejos... El departamento del fin... ¡Aprisa, aprisa!... Puede venir el revisor...»

Uno de los bandidos se inclinó hacia él para decirle:

—Si te mueves eres muerto. Así es que calma, ¿eh?

El trío se alejó hacia el extremo opuesto, donde Raúl había notado la presencia de dos viajeros. Entretanto, Limézy procuraba soltar las ataduras y, mediante movimientos de mandíbula, quitarse la mordaza.

Junto a él gemía la inglesa, cada vez más débilmente, lo cual le desolaba. Procuraba libartarse, pues, con todas sus fuerzas, temeroso de que fuera demasiado tarde para salvar a la desgraciada. Pero las ataduras eran fuertes y estaban duramente anudadas.

En cambio, la tela que le envolvía la cabeza estaba mal sujeta, por lo cual cayó de pronto. Y columbró a la joven arrodillada, con

los codos en el asiento y mirándole con ojos que no veían.

Sonaron detonaciones a lo lejos. Los tres bandidos enmascarados y los dos viajeros del final debían batirse en aquel departamento. Casi en seguida, uno de los bandidos pasó velozmente con gestos descompuestos, llevando en la mano un maletín.

Hacía uno o dos minutos que el tren disminuía la marcha. Probablemente obedecía ello a trabajos de reparación efectuados en la vía. Y de ahí provendría el momento escogido para la agresión.

Raúl estaba desesperado. Retorciéndose entre las cuerdas implacables, consiguió, a pesar de la mordaza, decir a la joven:

—Resista. Se lo ruego... Yo la curaré... Pero, ¿qué sucede, qué le pasa?

Los bandidos habrían apretado bárbaramente el cuello de la joven, porque su rostro, manchado de placas negras y convulso, presentaba todos los síntomas de la asfixia. La primera impresión de Raúl fué que la inglesa estaba a punto de morir. Respiraba con fatiga y temblaba de pies a cabeza.

Su busto se tendió hacia el joven. Éste notó la ronquera de su respiración y, entre los estertores, varias palabras masculladas en inglés.

—Caballero... Caballero... Óigame... Estoy perdida...

—No—repuso él, trastornado—. Procure levantarse y llegar al timbre de alarma...

La faltaban las fuerzas. Y no había ninguna probabilidad de que Raúl consiguiera desembarazarse, a pesar de la energía sobrehumana

de sus esfuerzos. Habitado, como estaba, a que triunfase su voluntad, sufría horriblemente al verse impotente espectador de una muerte horrible. Los acontecimientos escapaban a su dominio y se arremolinaban a su alrededor en un vértigo de tempestad.

Pasó otro individuo enmascarado que llevaba un saco de viaje y empuñaba un revólver. En pos de él iba otro. Los dos viajeros, sin duda, habrían sucumbido. Y como la marcha del tren era cada vez más lenta, a causa de las reparaciones, los asesinos iban a huir tranquilamente.

Pero, con gran sorpresa de Limézy, pararon en seco, casi enfrente de su departamento, como si un obstáculo terrible se levantara de repente ante ellos. Raúl supuso que alguien habría surgido a la entrada de la pasarela de fuelle: quizá fuera el mismo revisor, que anduviera de inspección.

Súbitamente restallaron palabras y sobrevino una lucha. El primero de los individuos no pudo servirse de su arma, que le escapó de las manos. Un empleado, vestido con el correspondiente uniforme, le había acometido. Y ambos rodaron por la alfombra, mientras el cómplice—un sujeto que parecía insignificante bajo la blusa gris manchada de sangre y cuya cara estaba oculta por anchísima gorra, a la que estaba atado un antifaz de percal negro—intentaba libertar a su compañero.

—¡Ánimo, revisor!—gritó Raúl, exasperado—. ¡Ya hay socorro!

Pero el revisor se debilitaba, a causa de que una de sus manos era oprimida por el menor de los cómplices. El otro, poniéndose

encima, asestó al rostro del empleado una granizada de puñetazos.

Entonces se levantó el más pequeño; pero, al levantarse, se le enganchó el antifaz, que cayó, junto con la anchísima gorra. Vivamente se volvió a poner uno y otra. Pero Raúl había tenido tiempo suficiente para ver la cabellera rubia y el adorable rostro, asustado y lívido, de la desconocida de los ojos verdes encontrada la tarde anterior en la pastelería del bulevar Haussmann.

La tragedia finalizaba. Ambos cómplices se salvaron. Raúl, en el colmo del estupor, presenció sin abrir la boca las largas y dificultosas maquinaciones del revisor, que, por fin, consiguió subir al asiento y tirar del timbre de alarma.

La inglesa agonizaba. Entre los últimos suspiros, balbuceó todavía estas frases incoherentes:

—Por amor de Dios... Óigame... Hay que coger... Hay que coger...

—¿Qué?... Se lo prometo...

—Por amor de Dios hay que coger ese bolso de cuero... Quitar los papeles... Júrelo... Echó atrás la cabeza y murió.
Se detuvo el tren.